

# Danielle Steel

## Regreso al hogar



¿Era una inmoral  
o una ingenua  
apasionada?

Danielle Steel

Regreso al hogar



Ediciones Martínez Roca, S. A.

Título original: *Goint Home*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, por registro o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones Martínez Roca, S. A.

Traducción de Jordi Arbonés

© 1973, by Danielle Steel

© 1980, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Gran Via, 774, 7.º - 08013 Barcelona I

SBN: 84-270-0619-5

Depósito Legal: B. 6855 - 1988

Impreso por Diagràfic, S. A. - Constitució, 19 - 08014  
Barcelona

*Impreso en España — Printed in Spain*

A la interminable lista de personas que tanto han significado para mí, y para este libro. Consigno vuestros nombres por orden alfabético, porque me resulta imposible establecer un orden teniendo en cuenta el grado de necesidad que tuve de vosotros. Os amé y necesité a todos.

Kate Reed Cains

John Mack Carter

Sidney M. Ehrman

Charles Flowers

Franklin K. Gray

Edward Kessler, jr.

Timmie Scott Mason

Inez Nutzman

Mary Evans Richie

John Schulein-Steel

Kuniko Schulein-Steel

Fred R. Smith

Norma Stone

Phyllis Westberg

y en especial a Clo y Beatie, por tener tanta paciencia.

*Regreso ahora por el camino que subí.  
Los robles han crecido; estuve ausente mucho tiempo,  
conservando tu recuerdo y tu ausencia,  
y ahora desciendo hacia un día más benigno.*

EDNA ST. VINCENT MILLAY

# 1

ERA UN RADIANTE DÍA de sol y a las nueve y cuarto recibí una llamada telefónica de la Carson Advertising. Su ayudante de producción estaba enferma y necesitaban a alguien que ocupara su puesto para una filmación en la costa. ¿Estaba disponible? ¿Aceptaba el trabajo? ¿Cuánto deseaba cobrar? Yo no tenía otro compromiso, así es que acepté gustosa el trabajo pues el sueldo era conveniente. Ciento veinte dólares por día, más los gastos. Después de trabajar como ayudante de producción en Nueva York, en California tuve mucha suerte. Les causé buena impresión y pagaban bien.

Y el trabajo no era pesado. Todo cuanto precisaba era que me llamaran una o dos veces por semana, y con lo que ganaba, sumado a la pensión por divorcio, Samantha y yo podíamos vivir holgadamente. Algunas veces pasaba algunas semanas sin trabajar, pero nos arreglábamos igualmente, y ambas éramos felices.

Abandonamos Nueva York un día gris y lluvioso, como pioneros en busca de otro mundo. Yo tenía veintiocho años, ella casi cinco, y creo que ambas estábamos un poco asustadas. Y partimos hacia la «tierra de promisión», hacia San Francisco, dónde no conocíamos a nadie, pero era una hermosa ciudad y vaha la pena probar suerte. En eso estábamos.

El día en que la firma Carson llamó para ofrecerme el trabajo en la costa, ya llevábamos allí casi tres meses. Vivía-

mos en un pisito en la Marina, con una apacible vista de la bahía y Sausalito a lo lejos. Desde la ventana podíamos contemplar los mástiles oscilantes de las embarcaciones amarradas en el muelle del Yacht Club. Y las tardes soleadas, cuando no trabajaba, podía llevar a Sam a la estrecha franja de playa, donde yo me tendía mientras ella correteaba por la arena y subía y bajaba los escalones que conducían al campo sembrado de césped. Mientras nosotras gozábamos de la playa, en Nueva York aún estaba nevando. Habíamos tomado la decisión acertada al trasladarnos a aquel lugar de ensueño. Éramos felices allí. Estábamos solas y aún éramos muy inexpertas en nuestro papel de pioneras, pero todo saldría bien. Contemplaba a mi hija, bronceada por el sol y rebosante de salud, y me contemplaba a mí misma en el espejo por la mañana, y tenía la certeza de haber tomado una buena decisión. Yo parecía diez años más joven, y al menos estaba viva. Gillian Forrester había renacido a los veintiocho años, en una ciudad que se extendía por una serie de hermosas colinas, cercanas a las montañas, y a un soplo de distancia del mar. San Francisco.

ESA MAÑANA, desde la ventana, veía a lo lejos el monte Tamalpais, y luego consulté mi reloj. Eran las nueve y media, y el vehículo de la Carson Advertising debía llegar a las diez. Todo el personal viajaba en el mismo vehículo, salvo el equipo de la compañía cinematográfica que debía filmar el corto publicitario, que poseía su propio camión. Y probablemente sus propias ideas. Durante un segundo, me pregunté qué debían de pensar con respecto al hecho de tener que contar con mi «ayuda». Probablemente no les gustaría mucho. A las agencias de publicidad siempre les encantaba tener un empleado supernumerario, pero a los



cámaras y demás nunca les complacía mucho la idea. Solían exclamar: «¿Quién es ella?... ¿Qué?... ¿Una ayudante de producción?... ¡Hombre, debes de estar bromeando!... ¿De Nueva York?... ¡Oh, demonios!...». Sí, pero qué diablos, a mí me pagaban por mi labor, y ellos no tenían necesidad de simpatizar conmigo. Lo importante era que a las agencias les satisficiera mi trabajo y siguieran llamándome.

El autobús escolar ya había recogido a Sam, y a mí apenas me quedó tiempo para ducharme y ponerme unos gastados téjanos, una camisa de algodón y la cazadora safari. Siempre resultaba difícil adivinar el tiempo que haría. Estábamos a principios de abril y, si la filmación se prolongaba hasta muy tarde, tal vez haría frío. Y más tarde o más temprano caería la niebla. Me calcé unas añosas botas de montar y me recogí el cabello en un rodete sobre la cabeza. Y lista.

Una rápida llamada telefónica a una vecina que accedió a esperar a Sam en la parada del autobús escolar al mediodía y a cuidar de ella hasta que yo regresara a casa, y sólo me restaba aguardar la llegada de la gente de la Carson Advertising.

Teníamos que filmar un *spot* publicitario para una marca de cigarrillos en unos acantilados sobre el mar, al norte de Bolinas. Para ello iban a utilizar a cuatro modelos, algunos caballos y una cantidad considerable de aderezos. Sería uno de esos *spots* que causan una sensación de fuerza con el aire falaz de una cierta despreocupación y de viento fresco. Habría sin duda viento fresco, pero en cuanto a despreocupación habría relativamente poca. De ahí la necesidad de mis servicios. Me pasaría el día procurando que los modelos pareciesen genuinos, colocando los elementos de la merienda campestre, cuidando de que las dos modelos no montaran a caballo incorrectamente y de que nadie

se despeñara por los acantilados. Una tarea relativamente fácil por ciento veinte dólares, y tal vez resultaría divertida.

A las diez en punto sonó un claxon en la calle, y yo me precipité hacia la puerta con mi «bolsa mágica» colgada del brazo. Apósitos, aspirinas, tranquilizantes, fijador en aerosol para el cabello, un surtido de maquillajes, un bloc de notas, una gran variedad de plumas y lápices, imperdibles, agujas de coser, y un libro. El libro era una antología de cuentos que nunca lograba leer durante las filmaciones, pero me proporcionaba la ilusión de que «un día de esos» podría hacerlo.

Mientras descendía los tres escalones que conducían a nuestro piso vi una furgoneta de color verde oscuro y un jeep de aspecto militar aparcados frente a la casa. La furgoneta estaba repleta hasta los topes de elementos y aderezos; en la parte posterior viajaban dos muchachas con aire adormilado que llevaban el cuello de los suéters subido hasta el mentón y sendos pañuelos en la cabeza. Eran nuestras modelos femeninas. En la cabina iban sentados dos jóvenes con un aspecto tan viril que asustaba, y también llevaban suéters con cuello de cisne, aparte de una cuidada cabellera que les cubría las orejas y subrayaba sus enérgicas barbillas. Todo en su aspecto me decía que eran maricas, y comprendí que constituían la mitad masculina de nuestro cuadro de modelos para ese día. Todo listo; por lo menos se habían presentado para la filmación. Pero yo ya había dejado de preocuparme por esas cosas. En San Francisco, la gente cumplía. No era como en Nueva York. No tienen tantas oportunidades de trabajar; por eso cuando se les llama no dejan de concurrir. La reina de la belleza masculina que ocupaba el asiento junto a la ventanilla me saludó con la mano, y el hombre que conducía el vehículo descendió y vino a mi encuentro con una sonrisa. Era bajito pero fornido, con cabellos negros como el azabache y las ce-

jas muy pobladas, y yo le conocía de otras filmaciones con la Carson Advertising. Era su director artístico y un tipo excelente. Se llamaba Joe Tramino.

—Hola, Gillian, ¿cómo estás? Me alegro de que hayas podido aceptar el trabajo.

—Yo también. Parece que tendremos un día espléndido. ¿Los tipos del jeep también vienen contigo?

Estábamos de pie en la acera, y Joe Tramino puso los ojos en blanco como suelen hacerlo los napolitanos.

—¡Vaya que sí! Esos son los tipos que vigilan las cuentas. Este spot es para nuestro cliente más importante. Te los presentaré.

Se acercó al jeep con sus cortos pasos, y uno de los hombres bajó el cristal de la ventanilla.

—Les presento a nuestra ayudante de producción, Gillian Forrester. Gill... John Ackley, Hank Todd, Mike Willis.

Todos sonrieron, asintieron con la cabeza y me estrecharon la mano, sin parecer particularmente interesados. Tenían que realizar un anuncio con un presupuesto de cincuenta mil dólares para un cliente importante, y eso era todo lo que les preocupaba. Causar buena impresión a la ayudante de producción no entraba en sus cálculos.

—¿Quieres ir con ellos o con nosotros? De cualquier manera vas a estar muy apretada.

Joe se encogió de hombros y se quedó observándome un instante, preguntándose qué decidiría. Yo adivinaba que me tenía simpatía y que me consideraba «una hembra formidable». Era un poco más alta que él, y mi tez era tan

blanca como morena era la suya. Probablemente, eso era lo que más le fascinaba. Mientras que yo nunca me había sentido orgullosa de mis cabellos castaños y mis ojos azules, a él parecía gustarle la combinación y estaba segura de que le entusiasmaba mi trasero.

—Iré con los del equipo, Joe. No importa... Encantada de conocerles, caballeros. Nos veremos allí.

Miré a Joe mientras nos alejábamos del jeep y me eché a reír.

—¿Sorprendido? ¿Qué te imaginas que soy? ¿Una esnob?

Le di un empujón amistoso y luego me instalé en el asiento trasero de la furgoneta con las muchachas. Una de ellas estaba dormida, y la otra leía una revista; los muchachos, en el asiento delantero, charlaban acerca de la «moda». Según ellos, la moda masculina se estaba convirtiendo en algo desastroso. Vi que Joe ponía los ojos en blanco y me hacía una mueca por el espejo retrovisor; acto seguido nos pusimos en movimiento. Joe puso la primera, soltó el freno y apretó el acelerador; contorneamos el jeep y nos dirigimos hacia Lombard Street, que nos conduciría al Golden Gate Bridge.

—¡Demonios, Joe, conduces como un maldito italiano!

Tenía que aferrarme al asiento delantero para no aplastar a la muchacha que dormía a mi lado.

—También hago el amor como un italiano.

—Apuesto a que sí.

—¿Qué sentido tiene apostar? Un día tienes que ponerme a prueba... Pruébalo... te gustará.

—Sí, claro.

Le devolví la sonrisa y luego me sumí en mis propios pensamientos mientras nos aproximábamos al Golden Gate Bridge, que nunca dejaba de causarme una profunda impresión. Me invadió una sensación sobrecogedora ante tanta fuerza y belleza, y dirigí la mirada hacia las alturas, como una niña, gozando con el efecto vertiginoso que causaban. El intenso color anaranjado de sus cimas destacaba contra el azul del cielo, y sus líneas curvas me recordaban las cuerdas de una cometa.

—¿Qué miras? ¿Nueva York?

Joe había advertido la lenta sonrisa que distendía mis labios, y yo me incliné hacia la ventanilla y dirigí los ojos al cielo.

—Estoy admirando tu puente, Joe, como una campesina.

—Vamos, yo te ofreceré una vista mejor que esa.

Se apoyó contra el respaldo del asiento, hizo girar un pestillo en el techo de la furgoneta y deslizó el panel hacia atrás. Los tirantes del Golden Gate Bridge se elevaban sobre nuestras cabezas bañadas por la luz del sol, y el fresco viento del norte de California nos azotó el rostro.

—¡Vaya... esto es fantástico! ¿Puedo ponerme de pie?

La abertura parecía suficientemente grande.

—Claro. Pero no pises a las chicas. Y procura que no te vean los guardias de tráfico. Me pondrían una multa.

Vi que contemplaba de nuevo mi trasero mientras yo me ponía cuidadosamente de pie entre las dos muchachas dormidas y desaparecía a través de la abertura. ¡Menudo italiano! ¡Y menudo puente! Al estar desprotegida contra el viento, me resultaba dificultoso respirar. Y allí estaba: mi puente. Y mis montañas y mi mar. Y a lo lejos, detrás de nosotros, la ciudad. Mi California. Era maravilloso.

Sentí que Joe me tiraba de la chaqueta mientras nos acercábamos al extremo del puente; volví a introducirme en el coche y me senté.

—¿Te sientes feliz ahora?

—Sí.

—Todos vosotros, los del Este, estáis chiflados.

Pero parecía complacido por lo que había hecho. En el vehículo reinaba un clima placentero, todo el mundo se ocupaba de sus propios asuntos, todos íbamos a trabajar, y nadie se sentía agredido. Había un abismo con lo que había experimentado trabajando en Nueva York, primero en una agencia publicitaria y luego para una revista de decoración. Todo era diferente en California.

—¿Quién filmará el corto publicitario? ¿Shazzam o Barclay?

Sabía que Shazzam era el nuevo grupo *in* que realizaba todas las producciones importantes de la ciudad, y Barclay era la productora más prestigiosa y acreditada.

—Ni uno ni otro. Por eso vinieron todos los supervisores de cuentas. Se están tirando de los pelos. Encargué el trabajo a una firma nueva. Son jóvenes, pero buenos. En realidad, ni siquiera constituyen una empresa, sino tan sólo un grupo. Un joven loco y su equipo. Tienen todo el aspecto de unos inútiles indolentes, pero realmente saben lo que hacen. Y su presupuesto fue algo que ponía los pelos de punta. Creo que te gustarán; uno se siente cómodo trabajando con ellos.

Asentí con la cabeza, preguntándome si yo les gustaría a ellos. Por lo general, a esa clase de gente no les caen muy bien las ayudantes de producción de Nueva York, aunque yo no lo pareciera en absoluto.

Para entonces, Sausalito y Mill Valley habían quedado atrás y ya nos encontrábamos en la sinuosa carretera que circundaba la montaña hacia Stinson Beach. La bordeaban unos árboles inmensos, y el olor de eucalipto saturaba el aire. Parecía más bien que íbamos a pasar un día de campo y no a trabajar.

Los modelos estaban todos despiertos y todos parecían de muy buen humor. Comenzamos a descender por el otro lado de la montaña y la vista era imponente. El panorama era sumamente cambiante; en el instante más inesperado, las montañas se transformaban en acantilados y el mar rugía al precipitarse hacia ellos con un inconmensurable derroche de espuma. Todo era de un verde lujuriente y de un marrón suave y de un azul brillante. La tierra de Dios.

Descendimos por la montaña cantando y luego pasamos por Bolinas para enfilarse la costa hacia un sitio que yo no conocía. Pero el paisaje no variaba. Más montañas, más mar, más acantilados y más esplendor. Y yo estaba contenta de haber venido.